



CUARTA PARTE

MARÍA DE LOS AMALFI

I

Djabel el gran Escorpión

Nina Dolci, la dama de honor de la princesa de Salerno, estaba sentada á la cabecera de la cama de Angélica Doria, que, acostada con el rostro pálido y medio oculta en sus rubios cabellos esparcidos, tenía los ojos cerrados.

Sobre una mesa de mármol ardía una lámpara; pero los primeros resplandores de la aurora brillaban ya en las cortinas de muselina.

Habían transcurrido tres ó cuatro horas desde que concluyera el baile.

Nina Dolci velaba á Angélica enferma.

Todo lo que el lujo sencillo y grande á la vez, respetando el matiz virginal que es el adorno necesario del aposento de una doncella, puede inventar de suave, puede imaginar de maravilloso, estaba allí.

Es imposible dar una idea de la delicadeza exquisita que revelaban los muebles y colgaduras. Todo sonreía en aquel encantador aposento, todo, excepto la pobre y bella Angélica.

La Doria se había acostado aquella noche con

una fiebre ardiente. Su corazón rebosaba de displicencia, de sobresalto; su cabeza quemaba. Penosos y locos pensamientos la absorbían y fatigaban.

Así lo había manifestado sonrojándose y con lágrimas en los ojos á Nina, su enfermera.

Su juicio se trastornaba, no comprendiendo ya lo que pasaba en su corazón.

Vivamente impresionada aún por la victoria alcanzada por Fulvio, su dulce amigo, su héroe, su prometido, no quería pensar más que en él; pero la fiebre, con esa obstinación incansable que enerva y consume, le traía sin cesar otra imagen.

Una imagen enteramente parecida, excepto que era más joven, más humilde y más suave.

Un Fulvio que no era su Fulvio, un adolescente tímido y triste, cuyos largos cabellos rubios cubrían sus pálidas mejillas, mientras se prosternaba ante el altar del Señor.

Angélica rechazaba esta imagen que volvía en seguida.

Hacia cuatro horas que estaba acostada, y no había podido dormir un solo instante.

A veces sus ojos se cerraban como le sucedía entonces, y Nina la creía adormecida, pero muy pronto la voz débil de Angélica rompía el silencio.

Entonces exclamaba con el acento lastimero de un niño que tiene miedo:

—No duermo, no. ¡Te suplico que me des conversación! ¡Defiéndeme contra mis ensueños!

Nina la complacía.

Primero había tratado de calmarla, disipando la turbación de su alma, y tratando de niñadas y locuras los escrúpulos que la atormentaban.

Pero esto no hacía más que aumentar su mal.

—¡Los dos están ahí!—le decía Angélica,—entre tú y yo... Fulvio y Julián... ¿Por qué este último

se inclina siempre hacia mí, acariciando mi mejilla con sus rubios rizos?

—Esto consiste en la fiebre—murmuraba Nina.

—Me parece que me he de volver loca. Cuando cierro los ojos, Julián se me acerca... ¿Por qué Fulvio se queda atrás... en la obscuridad? Hay momentos en que mi Fulvio está tan lejos que no le veo.

A veces, mientras escuchaba estos pensamientos incoherentes que no eran ni razón ni delirio, una sonrisa extraña vagaba por los labios de Nina.

Y, sin embargo, no por eso dejaba de amar á Angélica.

Pero ¿se puede hacer callar la voz pertinaz del corazón!

Al sonreír, Nina pensaba:

—Mi amor es como la espada de Balan, que se vuelve contra los que tratan de robármelo.

—¡Háblame—murmuró Angélica,—en nombre del cielo, háblame!

Nina se recogía dentro de sí misma, y, fingiendo recordar una historia ajena, contaba algunos extraños episodios de su vida.

Angélica la escuchaba. En algunas ocasiones Nina la creía dormida, y entregábase entonces á merced de sus propios pensamientos.

En el momento en que los primeros albores del día se deslizaban tímidos y pálidos á través de las cortinas, los ojos de Nina empezaron á cerrarse y Angélica quedó unos momentos silenciosa.

De repente exclamó estremeciéndose:

—Los dos están aquí... Desde que no me hablas, la frente de Julián toca la mía.

—Quisiera estar hablándote siempre—repuso Nina fingiendo buen humor;—pero tus fantasmas son más difíciles de ahuyentar que los del rey Saúl. ¿Qué te contaré? No sé ninguna historia más.

—Cuéntame una historia larga, larga...—dijo An-

gética, cuya voz parecíase cada vez más á la de los niños mimados.

—¡Una historia larga, larga!—repitió Nina;—veamos, déjame recordar. ¡Hay una que es larga, larga!... La historia de Porporato.

—¡De Porporato! Cuéntamela pronto, Nina; ya te escucho.

La condesa Angélica se ladeó sobre la almohada.

Su fisonomía reanimada revelaba una gran curiosidad.

—¿Has encontrado alguna vez—preguntó Nina,—en las llanuras del sur de Italia, esas miserables caravanas de gitanos que plantan sus tiendas lejos de las ciudades, y que parecen robar el agua de los manantiales donde beben, y el aire del cielo que respiran?

—Me acuerdo haber visto esas gentes—respondió Angélica,—dos ó tres veces en mi infancia.

—Pues bien—replicó Nina;—quizá has encontrado sin saberlo la familia errante del gitano Djabel, el gran Escorpión, entre la cual pasaron su infancia Porporato y Fiamma su fiel amiga.

—¡Ah!—exclamó Angélica,—¿vas á hablarme también de Fiamma?

—Es imposible—respondió Nina con un movimiento de orgullo,—hablar de uno sin tratar de la otra. Son como la sombra y el cuerpo, ó más bien, como el cuerpo y el alma.

Djabel, el gran Escorpión, gitano colorado de Moravia, recorría la tierra de Bari, á principios de este siglo, con su familia ó tribu, numerosa como la de Priamo.

Los dos hijos mayores de Djabel, se llamaban el uno Horeb y el otro Baissa. Horeb sabía el arte de leer en las estrellas, y Baissa domaba las serpientes y curaba las fiebres con la simple imposición de las manos.

Djabel tenía gran poder sobre los escorpiones y tarántulas. Sabía un canto para hechizar á los animales dañinos, los que daban vueltas alrededor de su varilla ahorquillada y caían muertos cuando les decía: ¡Muere!

Era pequeño, flaco, descolorido, y sus cabellos grises se erizaban sobre su cabeza.

Los aldeanos de la tierra de Bari le pagaban un tributo para que no hiciese mal de ojo á sus ganados.

El abuelo de Djabel había conocido el secreto del castillo de Púrpura...

—¿Qué es eso del castillo de Púrpura?—preguntó Angélica.

—Es—respondió Nina,—el paraíso terrestre y misterioso de los hijos de Achingan, que fué el primer rey de los gitanos, y que, según dicen, les dió su nombre. Está situado en el centro de los Apeninos del sur, en un lugar inaccesible y rodeado de impenetrables bosques.

Cuéntase que en los senderos del valle se oyen á veces cantos lejanos y ruido de fiesta. Es el ruido que desciende del castillo de Púrpura, palacio de las maravillas. Los habitantes de la montaña creen en su existencia, pero ninguno lo ha visto.

Es el lugar donde está el tesoro prometido á las razas desheredadas, tesoro inagotable, como el agua del mar y la bondad de Dios.

El séptimo abuelo de Djabel, el gran Escorpión, murió buscando el secreto del castillo de Púrpura. Llamábase Faran y era el séptimo sobrino de Ptolauum, cabeza de la tribu, que había venido del país de Chal (Egipto).

El castillo de Púrpura fué edificado por Faran. Cuando los cristianos le arrojaron de él, esparció por el camino del destierro el polvo del mármol rojo que sirvió para edificar el palacio.

Los descendientes de Faran juran por él, y entre los Romichal (hombres de Egipto) los hijos de Faran son ahora los primeros.

Ellos dicen que el polvo de mármol esparcido en las gargantas de las montañas por Faran, su abuelo, estaba encantado.

Ello es, que ni el viento ha podido dispersarlo, ni la lluvia disolverlo.

Djabel, el gran Escorpión, y su tribu, erraban sin cesar desde la tierra de Otranto á la de Bari, sin pasar nunca más allá de la Capitanata. Procuraban acercarse á las cimas del Apenino, de donde les arrojaba la fuerza armada.

En efecto, ténese á los gitanos en las montañas, porque éstas son más favorables al ladrón.

Djabel envejecía; sus hijos crecían y su linaje se multiplicaba hasta el punto de empezar á sentir el hambre bajo sus tiendas.

Esta tribu se componía ya de diez tiendas, que se alejaban siempre unas de otras á grandes distancias, para no alarmar al país.

Bajo la tienda de Horeb, el primogénito, había un niño de linaje cristiano que ocultaban con cuidado. Los gitanos le llamaban Baldemonio, á causa de su precoz travesura.

—¡Baldemonio! — repitió Angélica, — ¿dónde he oído yo este nombre?

—En Nápoles, donde todo el mundo lo repite, pero así como muchas personas tienen un mismo nombre, así también una sola persona puede tener muchos á la vez. Déjame proseguir.

Bajo la tienda de Baissa, el hijo segundo, se cobijaba una muchachuela, nieta de Djabel, que era la alegría de toda la tribu. Llamábase Mani, pero los cristianos que gustaban de verla bailar la *gira* y la tarantela, le habían puesto el sobrenombre de Fiamma.

Fiamma era bella; sus cabellos eran negros, sus

ojos brillaban como diamantes bajo el arco sombrío de sus cejas; su talle fino y flexible podía abarcarse en el hueco de la mano.

Pero no puedo explicarte, condesa, cuánto Baldemonio se parecía á los ángeles.

Era alto; sus largos cabellos rubios guarnecían su frente cándida y pura. Sus ojos expresaban una dulzura celestial, y si, como Aquiles, hubiese vestido traje de mujer, no encontrara rival.

Fiamma no sabía que Baldemonio la amaba; ¡eran tan niños!

He aquí cómo Fiamma empezó á amar á Baldemonio.

Las dos tiendas de Horeb y Baissa se encontraron cerca de Brienza, en un valle por donde corre el torrente del Organa. Los jóvenes de las dos tiendas fueron enviados al monte en busca de plantas medicinales, porque todos los gitanos son médicos.

La casualidad reunió á Baldemonio y á Fiamma.

Esta notó que Baldemonio perdía el aliento al trepar por los caminos escarpados, y que no se atrevía á hablar.

Así siguieron los dos el curso del Organa que descende de los montes en bruscas cascadas. Por fin llegaron á la cima de una peña cuya meseta se adelantaba sobre las aguas espumosas del torrente.

Sobre ellos se elevaba una cuesta inaccesible, en la que brotaban, aquí y allá, pequeños mirtos y cactus de flores de color de púrpura.

Dos tortolillas, padre y madre, daban vueltas alrededor de una hendidura de la peña, lanzando lastimeros gritos.

Fiamma y Baldemonio estaban sentados sobre el musgo. La primera dijo al segundo:

«—¿Por qué se lamentan estas dosavecillas?»

«—Se lamentan—contestó Baldemonio,—porque

hienen hijuelos en su nido, y hay ahí dos muchachos que se encaraman hacia la hendidura.»

Fiamma lanzó un grito: acababa de ver las crueles cabezas de los dos cazadorcillos.

«—Si quieres, los mataré»—dijo Baldemonio cogiendo un guijarro.

«—¡No, no!—exclamó Fiamma;—no mates á los muchachos, pero salva á las dos pobres tortolillas.»

En el momento en que Baldemonio iba á trepar por la cuesta, la mano de uno de los muchachos llegó á la hendidura.

Fiamma lanzó un grito de alegría.

Una de las tortolillas salió del agujero y echó á volar, pero con un vuelo tan pobre y tímido, que en vez de remontarse fué bajando hasta pasar cerca de la joven, que tendió la mano para cogerla.

En aquel instante, precipitándose un gavián desde el alto cielo como un rayo, alcanzó al pobre pajarito en su caída y se lo llevó.

Baldemonio no había soltado el guijarro de su mano: la piedra silbó. El gavián cayó de cabeza en el torrente, al paso que la tortolilla, batiendo débilmente sus pequeñas alas heridas, desapareció en medio de los matorrales.

«—Gracias—dijo Fiamma,—pero ¿y la otra? yo quisiera la otra.»

Esta salió también de la hendidura, escapando de la mano de los muchachos despechados y bajando su vuelo hacia los dos amantes.

«—¡El gavián lo ha hecho así!»—dijo Baldemonio.

Y lanzándose de un salto al aire, cogió al vuelo la tortolilla, rodando luego al fondo del torrente sin soltar su presa.

Fiamma se dejó caer medio muerta en el musgo. Pasado un instante, Baldemonio estaba á sus

pies con la tortolilla en la mano, sin que su plumaje gris perla se hallase apenas mojado.

Baldemonio echaba sangre por muchas heridas.

Desde aquel día, Fiamma fué la esclava de Baldemonio.

Mirándole mejor había descubierto bajo su blonda cabellera de serafín la vigorosa cabeza del león.

—¡Extraño niño!—murmuró Angélica pensativa. Y más bajo:

—¿Hubiese Fulvio hecho lo mismo por mí?

—¡No lo sé!—respondió Nina ocultando bajo sus bellos párpados el orgullo ardiente de su mirada.

Luego prosiguió:

—Fiamma y Baldemonio tenían la misma edad; los dos habían cumplido catorce años.

Esta es la edad en que las gitanas pasan de la infancia á la juventud. Cada día había reyertas alrededor de las tiendas: disputábanse el corazón de Fiamma.

Djabel el gran Escorpión la tomó bajo su égida.

Era jefe y padre, y nadie le había resistido jamás.

Baldemonio se dirigió á la tienda de Djabel, estando éste sentado en medio de sus cinco hijos, y le dijo:

«—Maestro, vengo á reclamar á Mani cuyo corazón me pertenece.»

Los hijos de Djabel levantaron sobre él el arma egipcia denominada *pum*, que consiste en una gruesa bala de plomo atada al cabo de una tira de cuero; arma sorda y casi siempre mortal.

Baldemonio arrancó una de las estacas que fijaban las cuerdas de la tienda, y con ella rompió el brazo de Farami, tercer hijo de Djabel.

He aquí lo que sucedió:

La tira de cuero blandida por Tifaré, cuarto hermano, se rompió. La bala hirió la sien de Djabel el gran Escorpión.

Djabel dijo: «—¡Era mi estrella!»

Y su cabeza cayó sobre el pecho.

Como sus hijos se abalanzasen todos juntos contra Baldemonio, Djabel los detuvo con voz moribunda diciéndoles:

«—¡Guardaos de tocarle! Está destinado á encontrar el camino del castillo de Púrpura.»

Y exhaló su último suspiro.

La voluntad de Djabel el gran Escorpión había sido siempre respetada durante su vida; pero ¿por qué se había de obedecer á los muertos?

Apoderáronse de Baldemonio que luchaba solo contra todos, y le echaron en un rincón de la tienda atado de pies y manos.

Horeb era el primogénito y jefe; pero Baissa contaba con más partidarios, por ser más bravo y fuerte. Los dos amaban á Fiamma.

Para que Horeb no la alcanzase, Baissa le mató de un golpe de *pum*.

En aquella tienda donde había dos cadáveres, celebróse un festín. Después de haber bebido hasta el exceso, la tribu se durmió ebria entre los restos del convite y los odres vacíos.

Fiamma debía casarse al otro día con Baissa. Para evitarlo le quitó su cuchillo y cortó con él las cuerdas que sujetaban á Baldemonio.

Y huyeron.

Entonces empezó para ellos una vida de aventuras extrañas y peligros incesantes. Las seis tiendas de Djabel se reunieron contra Baldemonio, que, no pudiendo esperar protección de los cristianos, fué cercado en el monte, como una bestia feroz. Esto duró un año.

Aun cuando la vida de Baldemonio y la de Fiamma alcanzase un siglo, no podrían jamás olvidar esas horas encantadoras pasadas entre las amenazas de muerte y las sonrisas del amor.

Los dos se adoraban. Fiamma era hija de los

países donde nace el sol; así su sangre era de fuego, su corazón de diamante, capaz de guardar durante una eternidad la primera impresión recibida.

Baldemonio... pero ¿qué te diré de ese joven león?

Baldemonio amaba tanto á su Fiamma que se olvidó de que no tenía alas el día en que ésta manifestó su primer deseo.

Aquel día había caído al torrente desde una altura de sesenta pies, rodando entre las peñas sin que la tortolilla sufriese la menor lesión.

Y todo porque su Fiamma dijo:

«—Yo la quiero.»

Se amaban tanto, que el mundo no existía para ellos. Dios, que les había dado por techo su hermoso cielo, derramaba á sus pies cual espléndidos tapices los céspedes y las flores. El viento que susurra en los seculares abetos celebraba la fiesta de sus himeneos.

Los dos eran libres, eran fuertes: ¡así se amaban!

Baissa, el nuevo jefe de los gitanos descendientes de Faran, había dicho:

El que se apodere de Mani, la tendrá por mujer: el que se apodere de Baldemonio el predestinado, tendrá todo lo que quisiere.

La caza era ruda. Esos hombres de Chal cuando están inflamados por la pasión, son tenaces, valerosos, infatigables. Todos corrieron en persecución de Fiamma y Baldemonio.

Veinte veces se vieron á punto de caer en sus manos.

En aquel tiempo Baldemonio no tenía armas. Cuando no podía evitar á los Romichal, les combatía como los héroes de la antigüedad, con armas arrancadas á los árboles de las selvas, ó con

guijarros recogidos en el álveo desecado de los torrentes.

Su mano segura y vigorosa no necesitaba de la honda de David.

Por fin, al cabo de diez meses, los enemigos implacables de Baldemonio y Fiamma, estrechando cada vez más el círculo trazado á su alrededor, les habían acorralado en la cima de un monte estéril, en la parte más desierta del Apenino.

Era en la Basilicata, más allá del origen del río Agri.

Fiamma y Baldemonio pasaron tres días y tres noches sin tomar alimento, mientras oían á lo lejos los cantos de la orgía de sus perseguidores.

La tercera noche dormían los dos en el hueco tronco de una vieja encina. Fiamma se despertó sobresaltada. Sentía como un fuego devorador que abrasaba sus entrañas.

Hasta entonces había soportado sus padecimientos sin quejarse, pero la hora del despertar es siempre débil. Fiamma exhaló un gemido.

Baldemonio lo oyó y se puso en pie.

Este acababa de cumplir quince años, y reunía á la belleza graciosa de Apolo el indomable vigor de Hércules. «—Voy á traerte pan»,—le dijo.

Coger su clava y saltar á la senda que descendía de la montaña, fué obra de un solo instante.

Fiamma habría querido detenerle; ¡pero detened al león que oye el grito de sus leoncillos hambrientos!

No pudiendo detenerle le siguió. Al cabo de algunos segundos ya le había perdido de vista.

En la falda del monte veíanse brillar cuatro hogueras. Un silencio profundo reinaba á su alrededor. Los hijos de Faran dormían fiados en sus centinelas y en sus vigilantes perros.

Pero éstos conocían á Baldemonio y fueron á lamerle las manos. El centinela no tuvo tiempo de

dar la voz de alarma: antes que distinguiera á Baldemonio caía derribado de un golpe de clava.

Era la primera vez que Baldemonio mataba un hombre. La vista de la sangre derramada por sus manos le embriagó. Fiamma le oyó cómo lanzaba un grito terrible y cómo desafiaba á los gitanos á singular combate.

Baldemonio despreciaba la sorpresa y la traición y quería hombres despiertos por adversarios.

A su grito respondió un murmullo de espanto y un gran tumulto. No se oían más que ayes, clamores, disparos y aullidos.

Fiamma apresuró sin aliento su camino.

El estaba solo; los otros eran veinte.

¡Pero Baldemonio era el hombre á quien ninguna fuerza humana debía resistir, el rayo viviente, aquel ante el cual la Italia debía temblar, el que entraba en la edad juvenil y debía llamarse Porporato!

Cuando Fiamma estuvo á distancia en que pudo distinguir lo que pasaba, vió á un hombre solo, de pie, en medio de la tienda abierta. Diez cadáveres ensangrentados yacían alrededor de aquel hombre.

El primero que Fiamma reconoció fué el gigante Baissa, jefe de los gitanos.

La cabeza hendida de Baissa, dejaba escapar su destrozado cerebro y un río de sangre... La clava de Baldemonio estaba toda ensangrentada. Fiamma tuvo pan.

Este triunfo valió á Baldemonio dos carabinas y bastantes municiones. Una vez dueño de estas armas se hizo cazador de gamuzas.

Los dos amantes vivían felices y tranquilos en una choza abandonada de las gargantas de Monte-Gaudente. Gracias á la destreza de Baldemonio,

éste nunca volvía de la caza con las manos vacías.

Las pieles de gamuza iba á venderlas á Potenza.

Había en esta ciudad un intendente llamado Antonio Basili, marqués de Casanova, gran señor de comedia, poderosamente rico, muy celoso de su mujer, pero que no blasonaba por su parte de fidelidad.

La marquesa de Casanova era joven, bella y pasaba por virtuosa.

Un día que Baldemonio se dirigía solo á Potenza para vender sus pieles de gamuza, las cuales llevaba en la punta de un palo nudoso, encontró tres gendarmes que conducían un pobre diablo con las manos atadas á la espalda.

Llevado de su carácter caballeresco atacó inopinadamente á los tres gendarmes y puso al preso en libertad. Un palo contra tres carabinas, ¡era cosa de ver!

El pobre diablo quedó como aturdido ante la huída de los gendarmes. Luego que Baldemonio le hubo quitado las esposas, hizo la señal de la cruz para librarse, en todo caso, de los proyectos del brujo que tenía delante. Y para darle un vivo testimonio de su reconocimiento, ejecutó una prodigiosa cabriola, y lanzándose en tres ó cuatro saltos á la copa de un haya, se puso á girar alrededor de una rama con la velocidad de una matraca movida por la mano de un niño. Hecho esto, deslizóse hacia el suelo y caminó sobre las manos hasta la zanja del camino, la cual salvó por medio del salto peligroso.

Los nombres de los compañeros de Porporato son populares en Nápoles. Este pobre diablo era el saltarello Cucuzone que desde entonces no le ha abandonado.

Venía de Evoli, donde los gendarmes le habían

detenido en la plaza pública, porque no tenía permiso de la intendencia.

Baldemonio después de haber vendido en Potenza sus pieles de gamuza volvió á Monte-Gaudente, pero no encontró á Fiamma.

Hé aquí lo que había sucedido.

Antonio Basili, marqués de Casanova, era también aficionado á la caza. Mientras Baldemonio estaba en Potenza, el marqués recorría el bosque con sus perros y picadores, persiguiendo un hermoso gamo.

Allí encontró á Fiamma que vagaba bajo una bóveda de árboles, aguardando á su amigo. Al verla abandonó el gamo por la mozueta, y empezó otra especie de caza.

Ya sabes, condesa, cuán baja es la complacencia de nuestros criados italianos.

Los del marqués gritaron ¡*tayant!* (1) y le ayudaron á cercar á la joven como si fuera un animal salvaje.

Si Fiamma hubiese tenido tiempo de llegar á su choza se habría defendido con las carabinas de su dulce amigo, porque era tan valiente como un hombre; pero estaba cercada por todas partes. No le quedó otro recurso que arrojarle á un precipicio abierto á sus pies.

Las ramas de una higuera chumba le retuvieron entre cielo y tierra.

Los criados del marqués se apoderaron de ella. Dícese que los habitantes de Orli y Bajeta oyeron los gritos de Baldemonio llamando á su Fiamma desde la cima del monte.

El león rugía.

Unos pastores le dijeron que el intendente de Potenza se la había llevado consigo.

Inmediatamente tomó el camino de esta ciudad.

(1) Grito que da el cazador cuando ve la res.

dad. Un caballo al galope no le hubiese alcanzado en su carrera.

Hacia la caída de la tarde, el saltarello Cucuzone ejecutaba sus cabriolas en la plaza pública. De repente vió entre los espectadores un rostro pálido cuyos ojos inflamados le miraban.

Tomó las de Villadiego y se fué á los fosos de la ciudad donde le aguardaba Baldemonio.

«—¿Qué queréis de mí, señor?»—le preguntó Cucuzone.

«—Tú tienes alas—le contestó Baldemonio;—quiero que me las prestes para penetrar en el palacio del intendente.»

«—¿Para qué?»

«—Para recobrar la mujer que me ha robado, y hacerle sufrir la pena del talióon llevándome la suya.

Cucuzone fijó en él sus ojos. No le desagradó la idea. Por la noche los dos penetraron en el palacio. Fiamma quedó libre y la marquesa robada.

Baldemonio devolvió la esposa del intendente después de haberla guardado en su poder un día y una noche, y le desafió. El intendente mandó pregonar su cabeza.

Fiamma conoció por la primera vez las lágrimas.

No te diré, condesa, todos los combates que Baldemonio sostuvo con los esbirros en la Basilicata y el Principado citerior.

Fiamma disfrazada de hombre combatía á su lado.

Bien pronto Baldemonio fué conocido en todas las provincias del sur. No quería compañeros; le bastaban su criado Cucuzone y Fiamma, su querida.

Una tarde encontró un pobre herido al pie de un monte. Excitóse su compasión, y lo cargó so-

bre sus hombros para conducirlo á un mesón vecino.

Era un lazo que le habían tendido. El mesón estaba lleno de esbirros. Las puertas se cerraron tras Baldemonio que entraba sin desconfianza. Fué preso, cargado de cadenas y conducido al castillo de Pizzo, sombría fortaleza que presenciara los últimos momentos del rey Joaquín Murat. Era en efecto hacia el fin del año 1815.

Baldemonio fué encerrado en el calabozo donde había muerto asesinado el gran conde de Monteleone, amigo de tu padre y del rey Fernando de Borbón.

II

El libro del porvenir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

El sueño iba venciendo á la bella ~~Donna~~

—¿Me oyes, condesa?»—preguntó Nina.

—Sí—respondió Angélica entreabriendo los párpados.

Nina continuó:

—Algunas semanas antes de prender á Baldemonio, una tarde en que éste y Fiamma hacían deslizar su falúa por las azules ondas del golfo de Tarento, no lejos de la embocadura del Bradano, oyeron gritos de desesperación.

Había allí cerca un buque siciliano cuyo capitán se entretenía en hacer dar la *calata umida* á uno de sus marineros.

La *calata umida*, así llamada por oposición al suplicio mortal de la *calata seca*, es una de esas bárbaras torturas que se conservan en la marina de levante á despecho de toda humanidad.

Esta última consiste en precipitar al paciente desde la cofa del palo mayor sobre el puente: la primera en lanzar á la mar desde la cima del trinquete un desgraciado marinero, á los pies del